



SI EL *Cielo* SE  
*Derrumba*

HELENA PINÉN

Dawson Shame es incapaz de vivir consigo mismo. No puede superar la muerte de su mejor amigo ni puede huir de las decisiones que tomó respecto al amor de su vida. Cuando pide el traslado a Los Ángeles, tiene la esperanza de escapar del dolor y poder empezar de cero.

Caroline es maestra y tiene una vida muy tranquila. Dibuja, conduce un precioso Mustang y juega a los dardos como nadie. Está esperando el traslado para irse a trabajar a Blue Valley y vivir con sus hermanos. Pero entonces Dawson aparece y todos sus planes saltan por los aires.

Quizás ella pueda enseñarle a perdonarse. Sin embargo, lo que los une se complica cuando Dawson descubre que hay algo poderoso que une a Caroline, con la mujer que le rompió el corazón.

¿Podrá Dawson superar algo así? ¿Podrá él rehacerse de todos los golpes sufridos y confiar de nuevo en el mundo?

## Índice de contenido

Cubierta

Si el cielo se derrumba

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para todos los que habéis creído en mí.*

## PRÓLOGO

*Años antes...*

—No puedes irte.

Caroline Reeves cogió aire y dejó de doblar el jersey que tenía entre las manos. Se aplacó un poco. La emoción la desbordaba y ahora iba a necesitar serenidad para afrontar a su hermano. Se volvió hacia su mellizo.

Lion estaba apoyado en el umbral de la puerta. Haber compartido vientre materno y haber nacido prácticamente al mismo tiempo, hacía que entre ellos hubiera un vínculo especial. Por eso, Line era capaz de notar todas sus emociones. En esos momentos, su hermano estaba angustiado. No necesitaba ver la preocupación reflejada en su mirada para saberlo.

Entendía que estuviera así. Nunca habían pasado mucho tiempo separados, siempre habían vivido juntos y, cuando tenían vacaciones, viajaban juntos. Eran inseparables.

—Necesito ir hasta allí.

—Blue Valley está muy lejos.

—La familia nunca está lo suficiente lejos —le respondió ella.

Lion y ella estaban solos en el mundo. Nunca habían conocido a su padre y habían crecido con su madre en California. Tranquilos y sin echar de menos la figura paterna que todos sus amigos tenían en su vida. Esas Navidades, a su madre le había dado un infarto que la había apartado de

ellos. Se habían quedado huérfanos a los veintiocho años. Pero al leer el testamento donde su madre les dejaba el discreto piso donde los había criado, una pequeña cantidad de dinero, el abogado les había dado una carta. En ella, su madre admitía que su padre no formaba parte de sus vidas porque ella no se lo había permitido. Nada más nacer ellos, se los había llevado a California con un apellido distinto. Line todavía no sabía cómo su madre había conseguido cambiar así cómo así de identidad. Los contactos de Lion en la policía tampoco encontraban explicación. Pero así había sido, impidiendo a su padre que los encontrase si contrataba detectives para buscarlos.

No obstante, su madre se arrepentía de su decisión y les dejaba en el pie de la carta un nombre y un apellido, junto con unas siglas y un estado: B.V, Texas.

Blue Valley, Texas.

Lion había podido contactar con el abogado de su padre, un tal Finch. Él sí estaba enterado de su existencia. Les había contado que su cliente había fallecido pero que siempre se había desvivido por hallarlos.

Tenían más hermanos, no eran solo dos. Se llamaban Tanner, Remington y Nicholas. Era increíble. Caroline todavía no terminaba de creérselo. Claro que sabía que su padre tenía otra familia, mamá le había dicho mil veces que si él no estaba junto a ellos era porque estaba con su esposa. Había fantaseado con tener más hermanos, pero había tirado la toalla hacía tiempo sobre conocerlos, sobre descubrir sus orígenes.

Había hablado con ellos cuando un estudio de su ADN había demostrado que su padre era el mismo. El teléfono era una salvación. Todavía no se habían visto en persona ni en fotografía, pero Line los imaginaba altos, fuertes y robustos, pues tenían voz ronca y profunda con un deje tejanero que todavía le hacía estremecer el corazón.

Se había cansado de llamadas. Quería conocerlos, ponerles cara y darles un buen abrazo.

Por eso se había pedido unos días libres en el trabajo y había comprado el primer billete que había encontrado para ir hacia allí. Salía a la mañana siguiente. También había alquilado un coche, pues había un buen trecho desde el aeropuerto hasta el pueblo.

Estaba muerta de miedo. ¿Y si solo querían tener una relación cordial y no ir más allá? ¿Y si decidían que estaba mejor solos? ¿Y si no congeniaban?

El corazón se le encogía ante semejante pensamiento.

Caroline había sufrido acoso escolar de pequeña. A raíz de semejante experiencia, siempre andaba creyendo que su personalidad era poco llamativa, sosa, llegando a ser incluso odiada por todos.

—Quedamos en que iríamos juntos cuando tuviéramos un par de días.

—No puedo esperar, Lion. Apenas duermo, he perdido peso. Necesito verles —le acarició la mejilla y él cerró los ojos, suspirando. Line ahogó una sonrisa. Su hermano era muy blando cuando se trataba de ella—. Descubrir que mamá nos había mentado fue un golpe demasiado duro. Si mañana no cojo ese avión, no seré capaz de cerrar ese capítulo de mi vida.

Era cierto.

Solo conociendo a sus hermanos podría rehacer su mal-trecho corazón y perdonar a su madre por haberla alejado de ellos. Le bastaba con Lion, lo que les unía iba más allá del entendimiento humano, si bien quería formar parte de los Montgomery.

—Lo sé. Noto tu ansiedad —se golpeó el pecho—. Lo noto aquí. Como un zumbido... a todas horas.

—Pues apóyame —le pidió con vehemencia, cogiendo sus manos—. Puedes llevarme al aeropuerto mañana o fingir que estás durmiendo cuando llame a un taxi.

Caroline vio en sus ojos almendrados que había ganado la batalla mucho antes de terminar de hablar.

Lion palmeó sus mejillas antes de darle un largo beso en la frente. Un beso cargado de mensajes. Perdonaba que se fuera sin él. Le pedía que no tuviera miedo, que fuera ella misma. Que tuviera cuidado. Que no importaba si todo salía mal, él siempre estaría a su lado. Todo aquello había en aquel beso.

Era reconfortante tener a alguien tan bueno y generoso a tu lado, que te quería a las buenas y a las malas, sin importar si vestías de gala o andabas en pijama y sin gota de maquillaje. Su hermano era su pilar. Ojalá los otros tres también estuvieran dispuestos a serlo...

—Te llevaré yo, ¿vale? Ahora acaba de preparar la maleta mientras hago la cena. ¿Qué tal una tortilla española?

—Me parece una idea estupenda —le devolvió la sonrisa—. No te cortes pelando las patatas, eh. Eres un torpe...

—¡Soy médico! —gritó su hermano ya desde el pasillo, girando la esquina para ir al salón y a la cocina—. ¡Domino el cuchillo tan bien como el bisturí!

—¡Menos humos!

Caroline se rio, se echó el pelo hacia atrás y parpadeó varias veces con agilidad para recordarse que era fuerte. A base de golpes, había aprendido que su piel no era tan fina ni su corazón tan sencillo de pisotear. El temor estaba ahí y a veces hacía que se le pasase por la mente huir, pero la Caroline adulta ganaba a la adolescente. Si sentía miedo, lo afrontaba. No podía, simplemente, echarse atrás porque el futuro fuera incierto.

## CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte... Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer malabarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Caroline había llegado a Blue Valley la noche anterior. Como Lion tenía guardia de urgencias ese fin de semana, Line no había querido pasarlo sola en el apartamento, así que había buscado un vuelo de última hora para ir hasta Texas. Solo pasaría allí cuarenta y ocho horas. Para ella, sin embargo, bastaban.

Adoraba a la familia de su padre. Esa gran familia de la cual ya formaba parte. Lion y ella eran uno más, se habían sentido integrados desde el primer momento. Los Montgomery eran gente acogedora, educada y afectuosa.

Tanner era el mayor. Tenía tres hijos preciosos, a los que educaba con firmeza y amor a partes iguales. Se le daban bien los críos. También los caballos. Su profesión y su vida

eran el rancho familiar. No solo estaba obligado a encargarse de la hacienda por su apellido, también porque lo llevaba en los genes. Era un vaquero de pura cepa, un hombre de honor. Estaba casado con Rebeccah, agente de policía del pueblo. Ella era lo opuesto a Tanner: divertida, culta, incluso agresiva al defender a su gente y sus ideales. Quizá por eso encajaban tan bien.

Remington era el mediano de los tres Montgomery. Era el jefe de policía de Blue Valley. Era tan responsable y observador que la gente lo tacharía de taciturno, más ella podía ver en él un hombre noble, protector con los suyos y muy afectuoso con quienes amaba. Solo hacía falta verle con su esposa, Amanda, y su hijo, Cameron. Amanda y Cam tenían el mismo carácter: eran delicados pero decididos. Bajo la voz melodiosa de su cuñada había una persona valiente y fuerte.

Nick era el pequeño. Era el más risueño, bromista y seductor de los tres. Aunque sabía cuando sacar el adulto que llevaba dentro, casi siempre se comportaba como un chaval de dieciocho años. Estaba claro que la sensatez se la proporcionaba Ray, su mujer. Line la había conocido antes de que se prometieran y se casaran. Al principio le había parecido una muchacha frágil y escurridiza, pero ahora que la conocía mejor podía decir que era humana.

Resultaban adorables. Para Line, eran personas imprescindibles en su vida. No podía vivir sin los pasteles de Amanda, los abrazos de Remington y los besos de Cameron; sin las noches en el porche con Tanner, las confidencias con Rebeccah y las películas de animación que veía con Irina, Roth y la bebé Annie, sus sobrinos; tampoco podía vivir sin la obsesión de Nick por los ganchitos y el constante tareo de Ray. Se habían convertido en parte de ella.

Marcharse el domingo sería duro. Cada vez le resultaba más difícil dejarlos atrás. Había pedido el traslado a Blue Valley, pero solo hacían que negárselo. En cuanto a ella le dieran luz verde, Lion también cambiaría su sofisticado hos-

pital por la clínica sencilla del pueblo. Esos planes parecían no llegar nunca. Y la vida seguía, veloz e imprevisible. Line notaba que se les agotaba el tiempo, que en el reloj la arena se escurría demasiado deprisa y jamás llegaría a vivir allí. Con toda la familia al completo.

Por ahora se conformaba con esos dos días. Con las vacaciones de navidad y de verano. Incluso con las visitas cortas de sus hermanos a Los Ángeles, ciudad que les resultaba agobiante y fascinante al mismo tiempo.

—Me preocupas, Line —dijo Rebeccah, esa mañana, mientras observaba a Tanner meter los trastos en el lavavajillas—. Eres joven, preciosa y muy inteligente. Deberías salir más a menudo, no pasarte los fines de semana en tu apartamento. O aquí.

—Sí que salgo. Te aseguro que me encanta la noche —le prometió ella.

—¿Y los hombres?

—¿Qué pasa con ellos?

Rebeccah suspiró y le puso una mano en el hombro.

—El amor es un regalo del cielo, una verdadera bendición. Sabemos que quieres venir a vivir aquí. Y te juro que nosotros estamos deseando que te quedes para siempre en Blue Valley —le besó la mejilla y la peinó como si fuera su hermana pequeña—. Pero prométenos que si te enamoras, si conoces a alguien, no desperdiciarás ese sentimiento solo por vivir aquí.

—Tengo tantas posibilidades de conocer a un tipo decente como de que me concedan el traslado —Line puso los ojos en blanco.

Tanner tosió. Había estado al tanto de la conversación. Por como le brillaban los ojos, pensaba como su esposa. Y Line incluso juraría que había sido él quien la había pinchado para que sacase el tema.

—Blue Valley siempre estará aquí, para ti. Somos tu familia y a la familia jamás se la deja atrás pero... el amor de verdad solo aparece una vez —miró con intenciones a su

esposa, que se sonrojó—. Vas a tener una sola oportunidad entonces, Caroline. No la tires a la borda por esto.

—No te preocupes, hermanito —se acercó a él para darle un codazo—. Ese es tu problema. Te complicas la vida porque te estás adelantando a ella. Déjala sorprenderte. No saber qué ocurrirá, qué decisiones tendrás que tomar, es lo que hace que vivir sea intenso, divertido e interesante. ¿No te parece?

—Sois igual de filósofos los dos —murmuró Rebeccah, fingiendo estar horrorizada—. Ay, madre. Lo que nos espera.

## CAPÍTULO 2

Dawson Shame abrió los ojos y gruñó cuando la luz que había en el techo lo deslumbró. No sabía dónde estaba ni por qué. Solo sabía que la cabeza iba a estallarle en mil pedazos y que el único culpable era él y su nueva afición al *bourbon* barato.

Se incorporó. Tardó un par de minutos en reconocer su nuevo apartamento. Era de alquiler y apenas tenía muebles. Tampoco necesitaba mucho más. Que el piso estuviera desnudo y prácticamente en ruinas describía bastante bien como era su interior desde hacía meses. Ambos estaban para el desguace.

Fue al pequeño cuarto de baño. Le gustaba porque era tan diminuto que apenas podía moverse en él. No estar cómodo le recordaba que estaba vivo. Se lavó la cara. El agua fría terminó de despejarle, aunque no logró quitarle la resaca. Sacó de un armario un par de analgésicos y se los tomó sin molestarse en beber del grifo. El sabor amargo reseco todavía más su garganta mientras ignoraba el reflejo del espejo. Se quitó la camisa, que estaba arrugada de haber dormido con ella.

Se quitó los pantalones, preguntándose dónde demonios estaba su cinturón. ¿Y los zapatos? En calzoncillos y calcetines, fue hasta el discreto recibidor. Vio allí la chaqueta y el cinturón, así como el arma reglamentaria y la placa que lo acreditaba como agente federal. Sus enseres estaban desperdigados por el suelo de cualquier manera. No